

LA SEMIOSIS SOCIAL

Fragmentos de una teoría de la discursividad

por

Eliseo Verón

gedisa
editorial

www.esnips.com/web/Lalia

1.

Lo ideológico y la científicidad

Me propongo bosquejar aquí lo esencial de una perspectiva en relación a una antigua cuestión, cuya insistencia en nuestra tradición intelectual ya plantea un problema: la de las semejanzas y diferencias entre ciencia e ideología. En esta insistencia surge como obstáculo un supuesto del que no escapan las teorías más sofisticadas: el que dice que, de una manera u otra, la ciencia está del lado de la verdad, y la ideología del lado del error, de la ilusión, de la deformación y del enmascaramiento. Quisiera sugerir que nos hace falta lo que llamaré una *teoría de las fundaciones*, que difiera a la vez de las perspectivas inspiradas por la noción de “ruptura epistemológica” y de los puntos de vista “progresivos” o “continuistas” acerca del surgimiento y el desarrollo del conocimiento científico.[1]

El principal defecto de los enfoques continuistas es su carencia de criterios teóricos específicos para definir el carácter histórico del objeto cuya historia dichos enfoques pretenden tratar: el conocimiento científico. Al no ser relacionada con ninguna dimensión estructural de lo social, la actividad científica permanece ligada a los actores que son los agentes: los “hombres de ciencia”. La forma pura de una historia continuista de las ciencias es la de una sucesión de biografías, relacionadas entre sí por lazos de anterioridad, de inspiración o de ignorancia recíprocas. El espacio pseudohistórico así creado no tiene otras marcas que las determinadas por el talento individual, cuyos avatares se traducen en esa vieja metáfora, tan cara a los esfuerzos de vulgarización científica: “La aventura de las ideas”. El espesor temporal de esta historia es, por lo tanto, siempre y necesariamente *anecdótico*. En el mejor de los casos, los incidentes-accidentes de las biografías son recolocados en el contexto de la historia social y política general (cuyas determinaciones son *otras*), siendo entonces esta historia una especie de decorado. Una historia de las ciencias de inspiración continuista no puede sino construirse alrededor de nombres propios.

Este aspecto, que me parece el más importante para una crítica de los enfoques continuistas, debe ser cuidadosamente distinguido de aquél concerniente a la naturaleza (continua o discontinua) del tiempo propio

de la producción de conocimientos y al principio de unidad de este último. Las razones son muy simples. Ante todo, porque es posible afirmar la naturaleza discontinua del proceso histórico de producción de conocimientos (como lo han hecho los partidarios de la teoría de la “ruptura”) sin abandonar por ello el modelo biográfico. Ya volveremos a este punto. En segundo lugar, porque se puede ser simultáneamente discontinuista y “progresivo”. En efecto, las críticas dirigidas a los enfoques continuistas por los partidarios de la “ruptura” a propósito de la idea racionalista (y por lo tanto, idealista) de un progreso lineal y necesario de la razón científica hacia la verdad y el conocimiento, no me parece que lleguen a tocar lo esencial de la diferencia entre estos dos puntos de vista: las descripciones en términos de “ruptura” están a su vez muy fuertemente marcadas por la convicción profunda de que lo que se encuentra después de la “ruptura” es, a la vez, radicalmente diferente y *mejor* que lo que había antes. El progresismo racionalista puede, en consecuencia, acomodarse muy bien con una concepción discontinua. No hay que olvidar, en tercer lugar, que las aproximaciones que se dicen continuistas suponen una concepción profundamente discontinua del tiempo histórico. En efecto, la distancia que separa dos biografías, el espacio que define dos individualidades como distintas, es infranqueable. Es por ello que el principio del Saber, que permite al continuismo investir de un sentido homogéneo, y dar una significación comparable, a las individualidades desparramadas sobre la superficie de la historia, aparece necesariamente como un principio exterior al desarrollo que se trata de describir.

En oposición a las perspectivas continuistas, los enfoques que se inspiraron en la noción de “ruptura epistemológica” tratando de incorporarla a un cierto discurso marxista, propusieron criterios estructurales sobre la naturaleza del conocimiento. Aquí, evidentemente, es la cuestión ciencia/ideología la que se vuelve decisiva. Sin duda alguna corresponde a los partidarios de la “ruptura”, hacia fines de los años sesenta, el mérito de haber recolocado el problema del surgimiento de las prácticas científicas sobre el terreno que le corresponde: el de una teoría de la *producción* de conocimientos, el de la diferencia (y las articulaciones) entre la científicidad y lo ideológico. Pero en la medida en que la problemática de la “ruptura” ha definido su eje de pertinencia en relación a la cuestión de la continuidad/discontinuidad, ella misma, paradójicamente, no ha sido otra cosa que una inversión de los enfoques continuistas. Estos últimos han buscado siempre constituir una continuidad (un “progreso”) a partir de la pluralidad discontinua de las vidas individuales de los agentes de la “actividad científica”. Los partidarios de la “ruptura”, en cambio, salieron en busca de una línea de demarcación, de una fron-

tera entre un “antes” y un “después”, de la demarcación de un punto “sin retorno”, lo cual evidencia sus esfuerzos por cortar una materia concebida originalmente como continua. Un modelo que habla de “rupturas”, que se propone describir una historia que avanza “a saltos”, no es por ello menos *unidimensional* que otro modelo que, por medio de una concepción trascendental del Saber, dibuja la “línea” de la historia de una ciencia. Dicho de otra manera: la teoría de la “ruptura” sólo ha sido, de hecho, la contra-ideología de los enfoques continuistas.

Para plantear correctamente el problema ciencia-ideología, resulta indispensable abandonar el campo cerrado delimitado por la polémica filosófica continuismo/discontinuidad, progresismo/ruptura. Se intenta responder a la pregunta: ¿cuál es la diferencia entre ciencia e ideología? Ahora bien, como ya veremos, semejante pregunta, así planteada, no admite respuesta. Digamos por el momento que habría que descomponerla: *ella debe recibir respuestas diferentes según el nivel del proceso de producción de sentido en el cual nos colocamos al formularla*. Estamos completamente de acuerdo con los partidarios de la “ruptura” en un punto esencial: hace falta darse los medios para concebir el “conocimiento” y su historia como un *sistema productivo*. [2] Pero para ello no basta con apelar a metáforas inspiradas del *Capital*. El “conocimiento científico” y su historia conciernen a la producción de una cosa muy particular: *el sentido*. Ahora bien, el sentido sólo existe en sus manifestaciones materiales, en las materias significantes que contienen las marcas que permiten localizarlo. El sentido producido que tradicionalmente se llama “conocimiento científico” aparece, ya bajo una forma *práctica* (“efectos prácticos”: tecnologías y operaciones sobre lo real), ya bajo una forma *teórica* (los *discursos* de las ciencias). La primera forma implica la transformación de operaciones discursivas en operaciones no-discursivas de naturaleza práctica; ella supone, por lo tanto, el “conocimiento” (“aplicaciones” del conocimiento científico). Este último, bajo su forma *teórica*, es *discurso*. En otras palabras: hay que comenzar por conceptualizar el “conocimiento” (noción cuyos orígenes son irremediablemente idealistas) como *un sistema de efectos de sentido discursivos*.

Este principio, que relaciona la noción de “conocimiento científico” con la noción de efectos de sentido discursivos, nos lleva de inmediato a una observación: la cuestión ciencia-ideología sólo concierne a un muy pequeño fragmento del universo de funcionamiento de lo ideológico. En otras palabras, lo ideológico existe fuera del discurso de las ciencias y fuera de los discursos sociales en general. *Lo ideológico puede investir cualquier materia significante*. [3] Al leer a ciertos autores, pareciera que la teoría de lo ideológico se juega entera en la cuestión de la diferencia ciencia-ideología: reducción del campo de pertinencia de lo

ideológico que no hace sino reflejar las inquietudes profesionales de los intelectuales, productores de discurso. La cuestión ciencia-ideología está muy lejos de agotar la problemática propia a una teoría general de lo ideológico. Así delimitado, el problema del “conocimiento” se plantea en el contexto de una cuestión mucho más amplia, a saber, la cuestión del sistema productivo de los discursos sociales, siendo este sistema, a su vez, un fragmento del campo de producción social de sentido.

Siempre ha sido mucho más fácil afirmar una diferencia absoluta entre “ciencia” e “ideología” que comprender las *relaciones* necesarias entre lo ideológico y la científicidad. Para llevar a término (bien o mal) la primera tarea (producir una diferencia) tenemos toda la epistemología moderna al alcance de la mano. El punto de vista según el cual hay dos instancias (“ciencia” e “ideología”) cuya diferencia absoluta hace falta establecer para poder fundar un cierto concepto de Conocimiento, no sólo ha sido el patrimonio de todas las formas de positivismo, empirismo y científicismo; buen número de interpretaciones formuladas en nombre del marxismo cayeron en la misma trampa: denunciando la naturaleza “ideológica” de los discursos sociales y fundándose a sí mismos como el discurso de la Ciencia, cada uno de estos “marxismos vulgares” reprodujo la ideología de la diferencia absoluta entre el Error (las ideologías de las clases dominantes) y la Ciencia, la Verdad (del lado de la clase obrera revolucionaria). Todas las perspectivas (a derecha e izquierda) que plantean el problema en términos de una diferencia absoluta entre dos instancias, siguen el mismo camino y llegan al mismo resultado: separar el producto del conocimiento del sistema productivo, esconder la verdadera naturaleza de lo que se llama una “ciencia” (a saber, ser un sistema productivo) e ignorar, en consecuencia, que *lo ideológico es una dimensión constitutiva de todo sistema social de producción de sentido*.

Puede ser que ya se vea por qué, en definitiva, la cuestión acerca de la diferencia entre “ciencia” e “ideología” no admite una respuesta: es una pregunta radicalmente mal planteada. No puede uno preguntarse sobre esta diferencia por la sencilla razón de que estas dos nociones no se refieren a “objetos” comparables. Por lo tanto, si dos cosas no son comparables, no se puede hablar de su diferencia. La noción de “ciencia” o de “actividad científica” designa un conjunto de instituciones y de sistemas de acciones y de normas (lo que llamamos un *sistema productivo*), que se encuentra en el interior de lo social. Es por ello que la noción de “ciencia” puede ser asociada a la de un *tipo de discurso*: el reconocido socialmente como discurso producido por estas instituciones. Se puede hablar entonces, en un nivel puramente descriptivo, del “discurso científico”, como de un tipo de discurso cuyas propiedades deben ser examinadas. En cambio, *no existe, hablando con propiedad, algo que sea el*

“discurso ideológico”. “Discurso científico”, “discurso político”, “discurso publicitario”, “discurso de la prensa”, etcétera: he aquí tipos (puramente descriptivos) de discurso. Lo ideológico no es el nombre de un tipo de discurso (ni aun en un nivel descriptivo), sino *el nombre de una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación social ha dejado sus “huellas” en el discurso* (y también, como ya lo he dicho, dimensión presente en toda materia significativa cuyo sentido está determinado socialmente).

Se debe, por lo tanto, reemplazar la cuestión, mal planteada, relativa a la diferencia entre “ciencia” e “ideología”, por otras relativas a procesos que se sitúan en un mismo nivel de funcionamiento. Si se plantea la pregunta de saber en qué consiste la “cientificidad” del discurso científico (en términos de propiedades discursivas), ya se prepara el terreno para una interrogación válida: la que indaga las diferencias y las relaciones entre la científicidad (o si se prefiere, el “efecto de conocimiento”) y lo ideológico. Esta interrogación, en efecto, busca definir las relaciones teóricas entre conceptos que, en un cierto nivel de análisis, se refieren ambos *a fenómenos de orden discursivo*.

En un primer nivel, donde se trata de identificar objetos empíricos, podemos hablar de *textos*. En la superficie de lo social nos encontramos, en efecto, con “paquetes” textuales, conjuntos compuestos en su mayor parte de una pluralidad de materias significantes: escritura-imagen; escritura-imagen-sonido; imagen-palabra, etcétera. Ellos son *textos*, término que para nosotros no se restringe a la escritura. Reservaremos la familia de términos discurso, discursividad, discursivo, para señalar un cierto modo de aproximación a los textos. En efecto, un texto puede ser o puede no ser tratado desde un punto de vista discursivo: se puede, por ejemplo, dividirlo en “enunciados canónicos” (“normalizarlo”) destruyendo de esa manera sus propiedades discursivas. La noción de discurso corresponde por lo tanto a un cierto enfoque teórico en relación con un conjunto significativo dado. Como ya lo veremos, esta noción de discurso es inseparable de un conjunto de hipótesis relativas a elementos extra-textuales.

Cualquiera sea el nivel de pertinencia elegido para la lectura de un conjunto textual dado, el enfoque orientado por la noción de discurso consiste en describirlo como un sistema de *operaciones discursivas*. Este concepto de operaciones discursivas “atravesía” la clasificación tradicional de los niveles “sintáctico”, “semántico” y “pragmático”. El sistema de operaciones que define el nivel de lectura de la *producción* de un paquete textual determinado atañe a lo que yo llamaré el *proceso de producción* del discurso considerado. En otras palabras, el proceso de pro-

ducción de un discurso o de un tipo determinado de discurso tiene siempre la forma de una descripción de un conjunto de operaciones discursivas, que constituyen las operaciones por las cuales la (o las) materias significantes que componen el paquete textual analizado han sido investidas de sentido. Esta formulación me parece válida para cualquier combinatoria de materias significantes, aunque aquí nuestro interés se dirige específicamente a la materia lingüística, que es la materia del discurso producido por la práctica científica.

No se puede describir el proceso de producción de un discurso, o de un tipo de discurso, sino en relación con un conjunto de hipótesis acerca de elementos extra-textuales. En otras palabras: sólo se puede definir el nivel de pertinencia de una lectura relativa al *proceso de producción* de un discurso en relación con sus *condiciones de producción*. Los conceptos relativos a las condiciones de producción son indispensables para poder establecer el nivel de pertinencia en el que nos vamos a colocar a fin de identificar, en la superficie textual, las marcas que remiten a las operaciones discursivas. "*Proceso de producción*" no es más que el nombre del conjunto de huellas que las condiciones de producción han dejado en lo textual, bajo la forma de operaciones discursivas. Es esencial subrayar que este principio nos da un criterio que permite determinar, en el universo de lo extra-textual, qué es lo que puede ser considerado como formando parte de las condiciones de producción de un discurso: un fenómeno extra-textual merece el nombre de condición de producción si, y sólo si, ha dejado sus huellas en el discurso en cuestión. Agreguemos de inmediato que la noción de extra-textual debe ser siempre definida en relación con un conjunto textual dado, sometido al análisis: esta observación es importante en la medida en que una buena parte de las condiciones de producción de un conjunto textual dado consiste en *otros textos*, ya producidos. En otras palabras: una parte de lo extra-textual, que se vuelve pertinente para el análisis discursivo de un conjunto textual dado, también es textual.

Siempre existen *varias* lecturas posibles de los conjuntos textuales que circulan en el interior de una sociedad, desde el punto de vista de su producción. *Un mismo texto* puede ser sometido a diversas lecturas. Cada tipo de lectura alude a una conceptualización específica de las condiciones de producción. Para tomar el ejemplo más simple: un texto literario cualquiera puede ser objeto de una lectura ideológica. Me parece evidente que una lectura tal no agota la discursividad presente en ese texto: la "literariedad" no puede ser reducida a lo ideológico, aunque por cierto la lectura ideológica de una obra literaria resulte, desde mi punto de vista, no sólo posible y legítima, sino necesaria para un análisis completo de la obra como fenómeno literario. Lo mismo se puede aplicar a

una posible lectura psicoanalítica de la misma obra. En cada caso, la teoría por medio de la cual conceptualizamos las condiciones de producción es diferente: teoría de lo ideológico, teoría de la literatura, psicoanálisis. *En el estado actual de nuestro saber*, por lo menos, me parece evidente que dichas lecturas no coinciden exactamente (por más que puedan haber superposiciones e interferencias parciales). Esta misma idea puede enunciarse considerando el texto como objeto empírico. Esta noción de texto no supone principio alguno de unidad u homogeneidad de tal objeto; por el contrario, un “paquete textual” cualquiera identificado en lo social es, desde este punto de vista, *el lugar de manifestación de una multiplicidad de huellas que dependen de niveles de determinación diferentes*.

Una teoría de lo ideológico forma parte, como ya lo hemos dicho, de una teoría general de la producción social de sentido. Por lo tanto, si tratamos de tomar en serio la idea de constituir una teoría del sentido como dependiente de un *sistema productivo*, no debemos olvidar que un sistema productivo está constituido por una articulación entre *producción, circulación y consumo*. Una teoría de la producción social de los discursos no puede reducirse a la constitución de modelos concernientes a las reglas de generación del discurso, no puede limitarse a un estudio de la producción. En este punto ha de considerarse un problema particularmente decisivo. Hemos hablado de “lecturas”, lo que muestra a las claras que el punto de partida de una descripción de las operaciones discursivas se encuentra siempre y necesariamente del lado de la *recepción*, aun aquella descripción que se propone reconstituir el proceso de *producción*. El que analiza un conjunto textual para identificar en él operaciones discursivas es, evidentemente, él también, un receptor. Esta posición de “lectura”, definida en el contexto de una teoría de los discursos, no coincide con la posición de los consumidores quienes, en el interior de la sociedad, son los receptores de estos mismos conjuntos textuales sometidos a análisis. Barthes señaló muy claramente este problema a propósito de lo que llamaba el “mito”: el analista del mito ocupa una posición radicalmente diferente de la del consumidor del mito. El analista que describe los mecanismos constitutivos del efecto mitológico no hace sino *destruir* este efecto por el movimiento mismo de su descripción.[4] En segundo lugar, la “lectura” (es decir el “efecto de sentido”) siendo necesariamente el punto de acceso al análisis de las operaciones discursivas, se encuentra frente a dos vías diferentes, que conducen a dos modelos: un modelo de la producción del discurso y un modelo del consumo del discurso. Estos dos modelos jamás coinciden exactamente. En otras palabras: en relación con un conjunto textual dado, y para un nivel determinado de pertinencia, siempre existen dos lecturas posibles: la del

proceso de producción (de generación) del discurso y la del consumo, de la recepción de ese mismo discurso. Tomando prestada una fórmula de la lingüística, podemos decir que el funcionamiento de todo discurso depende no de una, sino de dos tipos de “gramáticas”: de producción y de reconocimiento. Estos dos tipos de gramáticas jamás son idénticos.

El principio que acabamos de proponer tiene, en el nivel teórico, consecuencias extremadamente importantes. Aun si fuésemos capaces de constituir una descripción completa de las reglas de generación de un tipo dado de discurso a la luz de sus condiciones específicas de producción (de lo que en la actualidad estamos aún muy lejos), no podríamos inferir, de una manera directa y lineal, sobre la sola base de esta descripción, un efecto de sentido que estuviese *enteramente determinado* en el nivel de la recepción. El concepto de *circulación* designa precisamente el proceso a través de cual el sistema de relaciones entre condiciones de producción y condiciones de recepción es, a su vez, *producido socialmente*. “Circulación” es pues el nombre del conjunto de mecanismos que forman parte del sistema productivo, que definen las relaciones entre “gramática” de producción y “gramática” de reconocimiento, para un discurso o un tipo de discurso dado.

De esta manera resulta posible conceptualizar simultáneamente la diferencia entre estos tres momentos del sistema productivo de discursos y sus relaciones sistemáticas. El análisis discursivo de un conjunto textual dado debería permitir, por un lado, la descripción de un *campo de efectos de sentido*, campo determinado por las operaciones discursivas que operan en el material textual (las que definen el proceso de producción). La teoría del sistema de producción de los discursos sociales debería permitir por lo tanto entender el *conjunto de variaciones* del efecto de sentido, en el nivel de la recepción, para un tipo de discurso dado. Por otra parte, las condiciones de constitución de este campo de efectos de sentido varía precisamente según la naturaleza de la circulación; en otras palabras, según el tipo de intercambio significativo de que se trata. Aún estamos muy lejos, por supuesto, de poseer una teoría semejante: apenas comenzamos a disponer de los medios necesarios para describir operaciones discursivas.

Limitémonos al dominio de los discursos sociales que circulan en el interior de cada formación social en el nivel colectivo. Diversos tipos de discursos pertenecientes a este dominio están sometidos a condiciones de circulación-consumo muy diferentes. Los discursos de las llamadas “comunicaciones masivas” se caracterizan por un proceso de circulación-consumo que se podría llamar *instantáneo*: la distancia histórica entre producción y consumo es prácticamente nula. Para los discursos “masivos” definidos por la sociedad como “servicios” (como el discurs-

so de la información), el acto social de consumo sólo se produce una vez. Los discursos asociados institucionalmente a la ideología “del arte” y de la “creación” (cine, literatura, etcétera), pueden ser objeto de un consumo *diferido*, en un período de tiempo mucho mayor. Este es el caso, también, de los discursos de las ciencias. Por lo tanto, para el caso de los discursos cuya circulación-consumo es diferida o, por decir así, de *larga duración*, no se debe olvidar una *asimetría crucial* entre condiciones de producción y condiciones de recepción: en el discurso, una vez producido en determinadas condiciones, éstas últimas permanecen y permanecerán siempre las mismas. La recepción, el consumo, por el contrario, están “condenados” a modificarse indefinidamente. El *Cours de Linguistique Générale*, por ejemplo, habiendo sido producido a principios del siglo XX, sigue y seguirá siendo leído (y por lo tanto sigue y seguirá formando parte de las condiciones de producción *de otros textos*). Este desfase no es otra cosa que el principio de constitución de la *historia de los textos*. La historia de un texto, o de un conjunto de ellos, consiste en un *proceso de alteraciones sistemáticas, a lo largo del tiempo histórico, del sistema de relaciones entre “gramática” de producción y “gramática” de reconocimiento*.

Ha llegado el momento de extraer un cierto número de conclusiones relacionadas con la cuestión que nos preocupa aquí, la cuestión “ciencia-ideología”.

Ante todo, insistamos: lo ideológico no es el nombre de un tipo de discurso, sino una *dimensión* de los discursos socialmente determinados; si se quiere, el nombre de una lectura, que siempre es en principio posible hacer, de todo discurso socialmente determinado (por lo tanto, *también* del discurso de las ciencias). Digo “en principio” para distinguir el criterio teórico de nuestra capacidad de satisfacer en la hora actual las exigencias de tal lectura: aún estamos muy lejos de poder aplicar, de una manera sistemática y completa, la lectura ideológica de los discursos sociales.

¿En qué consiste esta “dimensión”? Concieme al conjunto de determinaciones sociales que han *marcado* los discursos. En este nivel de análisis, en consecuencia, “*ideológico*” es el nombre del sistema de relaciones entre los discursos y sus condiciones de producción, siendo estos últimos definidos en el contexto de una sociedad determinada. Como ya lo he dicho, las condiciones de producción no son tales sino en la medida en que se trata de un conjunto de determinaciones que han marcado el discurso, que han dejado sus huellas en él. En consecuencia, la forma concreta que reviste la identificación de lo ideológico-en-los-discursos es la de la descripción de un conjunto de operaciones discursivas que constituyen el proceso de producción. Desde este punto de vista, no

existe discurso socialmente producido que sea privilegiado: todo discurso está sometido a condiciones de producción determinadas. Cuando estas condiciones conciernen a las determinaciones sociales que proceden de los mecanismos de base de la formación social, estamos en el dominio de lo ideológico. En este nivel, por lo tanto, no es posible distinción alguna entre una instancia "ciencia" y una instancia "ideología". El discurso de las ciencias está tan socialmente determinado en su producción como el discurso político (aunque ello no implica que lo estén a través de los mismos mecanismos).

Los viejos problemas acerca de la cuestión ciencia-ideología son entonces reemplazados por cuestiones completamente diferentes. Ante todo, reservemos el término "ciencia" para designar el conjunto productivo cuyo producto es el "conocimiento científico". Con este uso, "ciencia" sería entonces sinónimo de expresiones tales como "práctica de producción de conocimientos": estas expresiones designan un conjunto de instituciones, de infraestructuras tecnológicas, de relaciones sociales, de normas, etcétera... Este conjunto productivo produce conocimientos, cuya forma teórica es la de un sistema de efectos de sentido discursivos. Con mayor precisión: este conjunto productivo produce discursos que pueden ser el lugar de manifestación de un efecto de sentido particular que se llama el "conocimiento científico". Doy a este efecto de sentido el nombre de *cientificidad*. Es precisamente en el nivel de los efectos de sentido, es decir, en el nivel de las condiciones de recepción (o de "reconocimiento") donde es no sólo posible sino necesario introducir una distinción con respecto a dos tipos de efectos: el que se puede llamar *cientificidad* y el que se puede llamar *efecto ideológico*.

Para resumir lo esencial, podemos decir lo siguiente: *la "cientificidad" es el efecto de sentido por medio del cual se instaaura, en relación con un dominio determinado de lo real, lo que se llama el "conocimiento científico"; puede tener lugar en el interior de un cierto tipo de discurso (el de la ciencia o de las ciencias) que está (como todo discurso socialmente producido) determinado ideológicamente en el nivel de sus condiciones de producción.*

La modalidad con que hemos afectado la afirmación sobre la *cientificidad* en el interior de los discursos producidos por las ciencias nos parece crucial: el efecto de conocimiento que llamamos "*cientificidad*" puede aparecer en los discursos que son producto de la práctica llamada científica, pero no es fatal ni necesario que ello ocurra. En otras palabras: sería ingenuo creer que todo discurso producido por los "hombres de ciencia" es conocimiento científico (lejos de ello). A la inversa, el efecto de sentido "*cientificidad*" puede aparecer en discursos que no fueron producidos por el sistema productivo de las ciencias.

¿En qué consiste este efecto de sentido que llamamos “cientificidad”? La descripción de las operaciones discursivas que fundan la posibilidad de un tal efecto de sentido, en relación a dominios diferentes de objetos, queda aún por realizar. Me limitaré a subrayar aquí lo que me parece el principio teórico de base. *El efecto de sentido llamado “cientificidad” puede producirse cuando un discurso que describe un dominio de lo real, discurso sometido a condiciones de producción determinadas, se tematiza a sí mismo, precisamente, como estando sometido a condiciones de producción determinadas.* Resulta claro entonces que esta propiedad que define la científicidad de un discurso (y por lo tanto el “conocimiento científico”) consiste en instaurar un *desdoblamiento* en las relaciones del discurso con lo extra-discursivo. La científicidad no es más que la relación del discurso con su relación con lo real; si se quiere, una relación de “segundo grado”. Por el contrario, el efecto de sentido que se puede llamar “ideológico” es precisamente la anulación de toda posibilidad de desdoblamiento: bajo el efecto ideológico, el discurso aparece como teniendo una relación directa, simple y lineal, con lo real; dicho de otra forma: aparece como siendo el único discurso posible sobre su objeto, como si fuese *absoluto*. [5] Agreguemos que el efecto de sentido “ideológico” es la forma “espontánea” de todo discurso; en su “estado natural de funcionamiento”, si se puede decir, todo discurso es, en el nivel de su efecto de sentido, ideológico. La instauración de una doble relación del discurso con su conexión con lo real es el producto de un largo trabajo *histórico*, el mismo que condujo al modo de producción capitalista. El capitalismo ha “inventado” lo que hoy conocemos como ciencias modernas y ha producido, simultáneamente, el discurso destinado a proveerles la fundamentación deontológica: la “epistemología” y la “metodología” de la ciencia. En otras palabras, el efecto de sentido “cientificidad” ha sido a la vez *producido* históricamente y *pensado* bajo formas idealistas, en un único y mismo movimiento. El núcleo esencial de estas formas idealistas es el siguiente: hay algo que pertenece al orden de la Verdad (la ciencia) y algo que pertenece al orden del Error (la ideología). Modelo que borra la naturaleza misma del “conocimiento” como *producto* de un sistema productivo. Resulta inútil subrayar una vez más que una teoría de la “ruptura” responde exactamente a este modelo deontológico destinado a trazar, a cualquier precio, una frontera *absoluta* entre dos instancias irreductibles.

La cuestión de la científicidad como efecto de sentido diferente del efecto ideológico se plantea, sobre esta base, como una cuestión *de hecho* y no *de derecho*: se trata de describir las propiedades discursivas que pueden dar lugar, en el nivel de los efectos de sentido, bajo circunstancias determinadas, a lo que se llama “conocimiento científico”, en re-

lación a dominios de lo real. No veo otra alternativa posible para un enfoque que pretenda ser histórico. La “epistemología” como discurso *normativo* sobre la verdad y el error, se nos aparece irremediablemente como la última coartada del idealismo. Un enfoque histórico, por el contrario, elimina de un golpe todas las paradojas filosóficas, como aquella según la cual, si yo afirmo que todo “conocimiento” está socialmente determinado, mi afirmación misma está también socialmente determinada y no resulta, por lo tanto, universalmente válida, etc. . . Dejemos este juego de palabras a los filósofos. El punto de vista expuesto en este trabajo está sin duda alguna, él también, marcado por lo ideológico. Una teoría de la producción de los “conocimientos científicos” (en la medida en que ella misma es un discurso con pretensiones científicas) es a su vez producida bajo condiciones determinadas. Es en consecuencia susceptible de ser leída según los principios que ella misma ha definido. Este círculo no tiene nada de vicioso: se trata de un *regressus ad infinitum*, un proceso abierto, que no tiene nada de paradójico ni contradictorio.

Es preciso arrancar la cuestión del efecto de cientificidad y de sus relaciones con lo ideológico del terreno del discurso puramente filosófico, donde ha estado sumergida desde hace milenios. Acabo de proponer lo que me parece ser el principio teórico fundamental para llegar a caracterizar el efecto de sentido “cientificidad” y, en consecuencia, el “conocimiento científico”. Más allá de este principio todo el trabajo queda por hacer, ya que se trata de un enfoque *empírico*, es decir histórico, tanto sobre los conocimientos científicos cuanto sobre las ideologías.

Existe un cientificismo anti-empírico que no es por ello menos cientificista. En su forma clásica, el cientificismo concibe la ciencia como una actividad (y no como una práctica) orientada racionalmente por un valor (el conocimiento), actividad cuyos resultados son sustancialmente autónomos en relación a lo que ella misma define como “condicionamientos” exteriores. Estos factores exteriores pueden ser “favorables” o “desfavorables” en la búsqueda del conocimiento científico como finalidad; pueden incluso hacerlo imposible. Pero en la medida en que se logra el resultado (el conocimiento), *éste no conserva rastro alguno de las condiciones en las cuales fue obtenido*. La exigencia absoluta para todo cientificismo es la de *trazar una frontera* entre el conocimiento y lo otro-que-el conocimiento. Los medios para lograrlo son secundarios: sea a partir de una concepción de lo real-en-sí, siempre allí, que simplemente espera ser descrito (forma empirista), sea bajo la forma de una autonomización de la esfera de los conceptos (forma teorícista). La teoría de la “ruptura” es una versión reciente de esta última forma. De cualquier manera, existe siempre un síntoma irrecusable del cientificismo,

que manifiesta simultáneamente su rechazo y su fascinación: la tendencia irresistible a considerar lo ideológico como algo *malo*: ilusión, error, deformación de clase, prehistoria u obstáculo.

De lo que se trata, por el contrario, es de recuperar lo ideológico como dimensión estructural de toda práctica. Hablar de “ideológico” es tratar de hablar de la *naturaleza productiva* de todo fenómeno de sentido, ya que esta noción de “ideológico” no es ni más ni menos que el nombre del sistema de las relaciones entre el sentido (siempre discursivo) y el sistema productivo que rinde cuenta de su generación. Se ve con claridad cómo el reconocimiento del sentido como producto de un sistema productivo *excluye* toda posibilidad de hacer valer una concepción peyorativa de lo ideológico: lejos de ser un obstáculo para el conocimiento, lejos de definirse como su contrario, *lo ideológico es el nombre de las condiciones que hacen posible el conocimiento*. Pero en este caso, el cientificismo y toda la epistemología de la “modernidad” no deben sorprendernos. Ya hemos señalado que es un solo y mismo movimiento histórico el que produjo el principio del efecto de sentido científicidad y la teoría idealista sobre este efecto. Dicho de otra manera: *es un solo y mismo movimiento histórico el que produjo un cierto efecto de sentido (la científicidad) y la teoría que, sin dar cuenta de la naturaleza de este efecto, era al mismo tiempo, en el nivel deontológico, su condición de producción*.

Sinteticemos lo esencial. Lo que hace que un discurso que se supone describe lo real sea un discurso científico no es una pretendida ausencia de ideología. Lo ideológico está siempre necesariamente presente en el discurso de la ciencia: está presente en la medida en que este último, como todo discurso, está sometido a condiciones de producción determinadas. *La distinción entre la científicidad y el efecto ideológico es un asunto de reconocimiento y no de producción*. Lo que hace de un discurso un discurso científico es la neutralización del efecto ideológico como resultado de la relación que el discurso establece con sus relaciones con lo real, desdoblamiento que define el efecto de científicidad. Por lo tanto este desdoblamiento no implica en absoluto un “desprendimiento” del discurso en relación con lo ideológico; instaurando una relación con sus relaciones con lo real, el discurso *no* se libera de no sé qué “prisión” a la que habría estado sometido hasta ese momento, puesto que este desdoblamiento no es otra cosa que la puesta en evidencia, por el discurso, de su sujeción a determinadas condiciones de producción. En otras palabras: *en un discurso, es la exhibición de su ideológico lo que produce la científicidad*.

Nuestro camino no prejuzga nada acerca de un cierto número de cuestiones: la posibilidad de describir el efecto de científicidad en el

discurso producido por el sistema productivo de la ciencia no implica que todo discurso producido por este sistema deba contener siempre y necesariamente dicho efecto. El concepto de un desdoblamiento de la relación del discurso con lo extradiscursivo (instauración de una relación del discurso con su relación a lo extradiscursivo) concierne en este caso a un tipo de discurso que se presenta como describiendo lo real, y es cuando este desdoblamiento está ausente de un discurso en función referencial, que hablamos de efecto ideológico.

Ahora bien, el desdoblamiento puede producirse en discursos que no se presentan como “descriptivos” de lo real. La operación por la cual un discurso tematiza sus propias condiciones de producción puede tener lugar en el interior de diversos tipos de discursos. Julia Kristeva, por ejemplo, ha hecho la teoría de esta operación en el discurso poético.[6]

¿A qué llevaría esta investigación empírica, necesaria a una teoría de la científicidad? A muchos problemas que en la hora actual permanecen abiertos y conducen a un territorio casi enteramente desconocido. ¿Cuáles son las operaciones discursivas que producen el efecto de sentido científicidad? Es posible (y aun probable) que existan varios conjuntos de operaciones discursivas que pueden llegar, bajo condiciones de producción diferentes, al mismo resultado, es decir, a producir este desdoblamiento de la relación del discurso con su objeto. Lo que quiere decir que este efecto ha sido producido, en situaciones históricas diferentes, por medios diferentes. ¿En qué condiciones el efecto ideológico se impone sobre el efecto de científicidad? (Lo que vuelve a plantear la cuestión del uso ideológico del discurso producido por una ciencia dada.) Responder a estas preguntas exige tener en cuenta simultáneamente las condiciones de producción, de circulación y de recepción de los discursos de una ciencia.

¿Cómo se explica que, en relación con un determinado dominio de lo real, se instaure, en un momento dado y por primera vez de una manera sistemática, el desdoblamiento de la relación del discurso a dicho dominio? Esta cuestión nos lleva nuevamente a nuestra problemática inicial, la del surgimiento de las prácticas científicas en la historia. En lo que sigue, trataré de bosquejar *el principio* de una respuesta.